

La Economía Moral de una Sociedad Revolucionaria

JOSEPH A. KAHL

Muchos comentarios sobre la Revolución Cubana publicados en los Estados Unidos subrayan sus confusiones y dificultades económicas. Lee- mos acerca de la atmósfera “gris” de La Habana, en contraste con su alegría prerrevolucionaria, y aprendemos que hay largas colas de clien- tes que esperan para comprar, bajo el sistema de racionamiento, los pocos artículos que se pueden ver en las tiendas.

Una visita reciente, de un mes, a Cuba fue suficiente para convencer- me de dos puntos que no niegan la austeridad que prevalece, pero que la ponen bajo una luz nueva.

Primero: la fuerza conductora fundamental detrás de la revolución y su primera década en el poder no era un plan para una prosperidad instantánea, sino más bien un imperativo moral para crear una sociedad justa y dignificada, en contraste con los recursos de un pasado degra- dante. Así, la “alegría” de La Habana estaba como en sordina, ya que gran parte de ella representaba vicio para turistas y lujo decadente para un puñado de cubanos en medio de una masa de conciudadanos empo- brecidos. La redistribución de la riqueza y la dotación de empleos para los muchos desocupados, se consideraban como las tareas más impor- tantes; éstas se han llevado a cabo.

Segundo: la economía cubana ha doblado la esquina y está a punto de producir nueva abundancia. A los primeros cinco años de énfasis sobre una industrialización impráctica, han sucedido cinco años de inver- siones intensivas y racionales en agricultura moderna que ya están em- pezando a rendir sus frutos. Solamente la persona que ve los muchos árboles frutales y de café en “el Cordón”, el cinturón verde alrededor de La Habana, plantados por trabajadores urbanos en fines de semana, o que contempla los cítricos en la Isla de Pinos (rebautizada Isla de la Juven- tud), plantados por miles de jóvenes que trabajaron voluntariamente dos años en condiciones de pioneros, o que visita los ranchos ganaderos en la provincia de Pinar del Río, que están mejorando los rebaños por medio de avanzados métodos de inseminación artificial, puede apreciar la magnitud de la nueva inversión y su inminente productividad. Cuan-

do las nuevas cosechas fluyan al mercado, la reconstrucción de la sociedad se hará más clara, ya que no estará oscurecida por fallas económicas.

Para entender la escena presente hay que acentuar lo que es central para los cubanos mismos: el punto de partida fue su sociedad de los años 50 y la revuelta emocional contra ella que se precipitó a través de la "generación del Moncada"; jóvenes rebeldes que siguieron a Fidel Castro en su malogrado asalto contra la fortaleza de ese nombre en 1953 y que perseveraron con él hasta que derrocaron a Batista poco más de cinco años después. Estos no eran hombres con un detallado plan económico para una sociedad nueva; eran cubanos intensamente nacionalistas que odiaban la corrupción, la influencia extranjera y la brutalidad de la vida a su alrededor. Como Castro explicó en su famosa defensa *La historia me absolverá*, en el juicio del Moncada, el propósito de su revuelta era limpiar y purificar a la nación por medio de la acción heroica.

Varias veces, durante mi viaje, oí a grupos que recordaban los "malos días antiguos". Parece que hay algunas historias tipo que se elaboran con toques personales. El tema subyacente es la corrupción. "¿Conoces la enorme mansión del senador X en la Quinta Avenida?" (Al principio yo pensaba que esto quería decir la Quinta Avenida en Nueva York, pero luego me di cuenta de que era una calle en un lujoso suburbio de La Habana. El involuntario doble significado transfiere más verdad que la connotación literal.) "Bueno, la adquirió robando dinero que se suponía era utilizado para escuelas en mi provincia." Otra persona remataba la historia contando cuánto se enriqueció un conocido suyo con la venta de admisiones a hospitales públicos. "Pero, ¿qué hay de ese tipo que controlaba el espacio en el cementerio de La Habana?", preguntaba otro.

Uno de los más populares programas en la televisión es un episodio bisemanal en la vida de un senador (interpretado por un actor que fue senador), que caracteriza al antiguo jefe político: un tipo gordo, fumando puro, que engatuzaba a campesinos y trabajadores con discursos melosos ("vamos a contribuir todos para la escuela nueva"), y luego huye con el dinero para gozar de los "pecaminosos" placeres de La Habana. Esta corrupción no se ve como el resultado de la debilidad de algunos hombres, se interpreta como la consecuencia inevitable de la sociedad capitalista, particularmente en los países subdesarrollados.

En tales naciones, donde la masa de la gente es pobre y sin educación, los pocos ricos no son controlados en sus apetitos y poderes. El toque degradante final en Cuba era el hecho de que la posición de élite se basaba en vínculos con los Estados Unidos que controlaban directamente gran parte de la sociedad cubana. Los extranjeros y sus aliados locales eran vistos como despojadores del cuerpo y del alma de la nación.

Un intelectual de edad madura, revolucionario activo en los años 30 y más bien pasivo, pero solidario, en los 50, decía: "Nunca olvides que vivimos por más de una década (si cuentas ambos periodos de Batista en el poder) en condiciones particularmente primitivas, totalmente carentes de educación o refinamiento. Había sargentos que ejercían el control y estaban vendidos a los gangsters americanos que explotaban el juego y la prostitución. Teníamos mucho que superar."

Una historia que se cuenta con gusto se refiere al deseo de Batista de convertirse en miembro del Yatch Club. Como era mulato, no era elegible. Pero con una cuota de iniciación de \$50,000, más la construcción a expensas del gobierno de una serie de canales que permitían a muchos miembros atar sus yates a sus puertas traseras, se le autorizó a ingresar. A los guías de turistas les gusta mostrar los canales. También indican que las playas privadas de los clubes ahora están abiertas al público, y que los edificios ahora son, bien escuelas, bien centros sociales para estudiantes.

A la corrupción se añadía la brutalidad. Los hombres y mujeres que hicieron la revolución eran jóvenes, a menudo líderes estudiantiles. Durante la lucha sus filas fueron diezmadas por torturas y crueldades. En verdad, miles fueron muertos en las cárceles de Batista; mucho más que los pocos que murieron durante las guerrillas.

Aunque la lucha contra Batista fue central, los cubanos fechan el inicio de su batalla por la independencia con el comienzo de la revuelta contra España en 1868; hablan de "100 años de lucha" que tuvieron su clímax en el "triunfo de la rebelión" contra Batista, séguidos de "10 años de revolución". Se refieren a estos últimos como a los esfuerzos para construir una sociedad nueva.

Todo esto, necesario para ser libre de España y de los Estados Unidos, les da una profunda identificación con el pueblo de Vietnam, quien también está combatiendo contra los extranjeros.

Los cubanos apoyan a las fuerzas comunistas, y consideran la guerra como una cruzada moral. Ven en ella la prueba de que el capitalismo americano conduce inevitablemente al imperialismo, a la explotación de naciones más débiles y a la destrucción de la decencia humana.

Cuando hablé con un grupo de jóvenes periodistas que se ejercitaban en las oficinas de *Juventud Rebelde* (diario de la Liga Juvenil Comunista), confesé mi escepticismo acerca de las teorías deterministas de la historia. Argüía que los americanos veían cada vez más la guerra de Vietnam como un error trágico y expresé la esperanza de que hubiéramos aprendido una lección de ella. Llamé a una visión de la humanidad que se sobrepusiera a los conflictos entre capitalismo y comunismo, y los criticaba por forzar todo acontecimiento para hacerlo entrar en el molde de ese conflicto, convirtiendo así su papel en un estereotipo. Con

la convicción tolerante y presuntuosa de la juventud confiada, atemperada por la cortesía cubana, me llamaron un “romántico incurable”.

Las escuelas en toda la isla recuerdan a los niños lo que sucede en Vietnam y sus implicaciones; de hecho, muchas escuelas se llaman “Vietnam Heroico”. El ejemplo siguiente nos da toda una lección: Se dieron lápices de colores, que son escasos, a escolares. Luego el maestro explicó que éstos eran aún más escasos en Vietnam y pidió a los niños que, voluntariamente, devolvieran los lápices para enviarlos allá. El maestro decía que todos los niños devolvieron su lápiz.

Crear riqueza con la conciencia

Uno de los *slogan* clave en las grandes carteleras que rodean la Plaza de la Revolución José Martí, donde Fidel se dirigió a cerca de un millón de personas el último 2 de enero, décimo aniversario del triunfo de la rebelión, reza: *El camino del comunismo es crear riqueza con la conciencia*. La última, palabra clave traduce una amalgama de *consciente, conciencia, escrupulosidad y compromiso*, y es tal vez la palabra más repetida en el lenguaje cubano de la revolución. La implicación es que, en la antigua sociedad, la mentalidad de la gente se formaba por el dinero o por la búsqueda de dinero, y la motivación para trabajar era el temor a la pobreza; pero en la nueva sociedad la gente comprenderá la necesidad de trabajar para el bien común, y la abundancia fluirá como resultado de ese entendimiento. De la comprensión de esto vendrá un estilo de vida que es cooperativo y humano, y sin “alienación”, ya que el trabajo será parte de una experiencia social voluntaria.

Fidel lo expresó sin ambages el 13 de marzo de 1968:

No podemos alentar, ni siquiera permitir, actitudes egoístas entre los hombres no queremos que los guíe el instinto de egoísmo, el lobo, el instinto bestial. . . El concepto de socialismo y comunismo, el concepto de una sociedad más elevada, implica un hombre desprovisto de esos sentimientos; un hombre que ha superado tal instinto a cualquier costo poniendo, sobre todas las cosas, su sentido de solidaridad y fraternidad entre los hombres. . . Si vamos a fracasar porque creemos en la capacidad del hombre, en su capacidad para mejorar, entonces fracasaremos; pero nunca renunciaremos a nuestra fe en la humanidad.

La sociedad se ha de formar nuevamente en el molde de la camaradería de los guerrilleros de la Sierra Maestra. Algunas de las abstracciones provienen de Marx, pero el color cubano viene de las montañas. Es por eso que el “Che” Guevara, que continuaba ejemplificando los valores de las montañas aun después de que la rebelión había ganado el poder, es un mártir en vías de santificación. Y su frase, “el hombre nuevo”, se usa para simbolizar la esencia de la moralidad revolucionaria.

Para los cubanos la base moral de la revolución es fundamental, y sus cambiantes planes económicos son experimentos secundarios, pragmáticos.

El hecho de que el ingreso *per capita* pueda haber descendido ligeramente es mucho menos importante para ellos que el hecho de que el ingreso está distribuido más equitativamente. Bajo Batista (y sus predecesores) sólo una diminuta fracción de la población rural tenía oportunidad de comer carne, beber leche, usar zapatos, ir al médico o enviar a sus hijos a la escuela. *En cerca de un tercio eran desocupados crónicos. Ahora todos tienen trabajo* y los servicios más importantes ya no escasean o, por lo menos, están distribuidos de manera uniforme.

La atención médica es gratuita y, por primera vez, está diseminada por toda la isla en vez de estar concentrada en La Habana. A pesar del éxodo de muchos médicos a los Estados Unidos, un número suficiente ha sido entrenado para aumentar a 7,000 el total de los que están en práctica. Hay tres escuelas de medicina en lugar de una, 32 hospitales de enseñanza en lugar de cuatro. El número de camas de hospital se ha duplicado a 40,000; se han construido más de 250 clínicas pequeñas en vecindarios urbanos y rurales; hay 48 hospitales generales rurales en lugar de uno solamente. La vacunación y los servicios sanitarios han alcanzado un nivel suficiente para eliminar la malaria y la polio; no se registró ni un solo caso de cualquiera de las dos el año pasado. La tasa de mortalidad se ha reducido de 7.5 a 6.2 (la población es excepcionalmente joven, lo cual reduce la tasa), y la esperanza de vida se ha elevado a 67 años aproximadamente. Estas son estadísticas apropiadas para países "desarrollados" y están muy por delante del resto de América Latina. Es verdad que Cuba tenía una base médica relativamente buena antes de la revolución, pero su extensión a todas las partes del país durante un tiempo de austeridad económica es una realización considerable.

Ha habido una expansión aún más marcada en la educación. La tasa prerrevolucionaria de analfabetismo era del 25 % aproximadamente, y se ha reducido al 3 o 4 %. Muchos niños permanecen en la escuela hasta terminar el sexto grado, o hasta el fin de la educación primaria; las matrículas a ese nivel se han duplicado a 1.444,000. (En el resto de América Latina, de 1960 a 1967, la matrícula de primaria subió solamente a 50 %, y la proporción de niños que asistieron a la escuela aumentó de 48 a 56 %. El número absoluto de niños que *no* asistieron a la escuela primaria aumentó, como resultado del crecimiento de la población, aproximadamente en 2.5 millones.) Las escuelas nocturnas cubanas, a nivel de primaria y secundaria, tienen casi medio millón de estudiantes. A los adultos se les presiona para que obtengan el certificado de sexto grado, y después puedan continuar si lo desean. *Veinticinco por ciento de todos los cubanos, dos de ocho millones, están inscritos en el aula*

Las matrículas de escuela secundaria casi se triplicaron en la década a 172,000. El entrenamiento vocacional a nivel de secundaria ha estallado. Antes no había escuelas de agronomía o pesca; ahora casi 40,000 estudiantes estudian solamente esas materias. Las escuelas industriales han crecido de 6 a 30,000 estudiantes, y las inscripciones universitarias se han duplicado a 40,000. Los estudiantes de áreas rurales sin escuelas cercanas reciben becas para asistir a internados o para ir a la ciudad. Cerca de 250,000 estudiantes reciben alguna forma de ayuda becaria; otros 160,000 asisten a “semi-internados” que proporcionan tres comidas al día.

Una cortante redistribución del ingreso se dispuso poco después de la victoria por medio de una ley que partió toda renta a la mitad; el año próximo la renta será completamente abolida. La carne es escasa, pero todos comparten la ración de tres cuartos de libra por semana. La leche está racionada para los niños menores de siete años para los ancianos; las cafeterías escolares tienen leche en abundancia los adultos se las arreglan sin ella. En ambas partes, ciudad y campo, me di cuenta de algo extraño para un observador que ha trabajado en muchos países latino-americanos:

Ni una sola persona andaba sin zapatos

Por primera vez los negros de Cuba —cerca de un tercio de la población— participan equitativamente de los bienes y servicios y del respeto cívico de su sociedad. Se han integrado completamente a las escuelas y al trabajo.

El sentido de superioridad moral, que a causa de la integración racial tienen los líderes cubanos, lo capté viendo una película documental. (Las películas cortas son la nueva forma de arte que ha florecido después de la revolución; son imaginativas, con estilo de vanguardia, generalmente didácticas y políticas, pero a menudo humorísticas.) La vi en un cine común y corriente junto con una película francesa de policías y ladrones. Se titulaba “Ahora” (*Now*) y representaba la canción de ese nombre cantada en inglés (con algunos subtítulos en español). Acompañaba la canción un montaje de fotos periodísticas de negros en los Estados Unidos que eran golpeados por la policía, e intercaladas ocasionalmente, rápidas vistas del monumento a Lincoln o de Martin Luther King; no había comentarios.

Abundancia de disciplina y moderación

Los nuevos valores cubanos no están contra la abundancia. Todo lo contrario: Fidel promete que la década de austeridad ha terminado y

que la década de abundancia está empezando. Jura que Cuba saltará de una sociedad subdesarrollada a una desarrollada antes de que los años 70 hayan terminado. Pero la describe como una abundancia de disciplina y moderación: se impondrán prioridades por medio de la razón y de un plan: la concurrencia egoísta que enfrenta a un hombre contra otro y degenera en corrupción estará ausente, y los hombres habrán aprendido a trabajar duro y bien porque entienden la contribución que están haciendo al bien común; porque tienen *conciencia*. Cuando todo esto suceda, las diferencias de salario entre ingenieros y barrenderos podrán ser eliminadas como innecesarias; de hecho, el dinero desaparecerá.

Estas metas están aproximándose poco a poco. El primer problema era superar la idea de que el *nirvana* llegaría al día siguiente del triunfo de la rebelión y de que todos podían holgazanear. Como Fidel lo expresó en su discurso del décimo aniversario:

El espejismo de la sociedad de clases, de la sociedad capitalista, de los escaparates llenos, creaba para las masas la idea ilusoria de que todo lo que se necesitaba era romper el cristal y distribuir las riquezas. Pero el espejismo estaba basado en la miseria, en el desempleo y subempleo. Y ahora las masas entienden que las riquezas tienen que ser creadas, porque saben sumar y restar y multiplicar y dividir. Cuando divides entre ocho millones de personas la producción creada por ese tipo de sociedad, hasta los niños de segundo grado descubren que era una producción de miseria. Cuando el 80 o el 90 por ciento de los niños no toman leche, 50,000 vacas son suficientes, y hay leche de sobra en las tiendas. Pero si les das leche a todos los niños nacidos en este país, y todos sin excepción tienen este derecho, entonces 50,000 vacas no bastan, ni 100,000, ni 200,000, sino que necesitamos medio millón. Medio millón de vacas lecheras se está criando ahora en este país, y nacerán otros medio millones, y habrá un cuarto de leche no sólo para los niños, sino para todos los ciudadanos de este país en una fecha no muy distante.

Al principio de nuestra producción no aumentó; decreció. Y lo que producíamos era en condiciones de miseria, enfermedad, hambre, desahucios, despidos. La caña se cortaba a mano, 15, 16, 17 horas al día. Estas malas condiciones cambiaron antes de que tuviéramos las máquinas nuevas, los conocimientos nuevos. Por el demasiado trabajo, algunos rindieron demasiado poco. La producción bajó a 3.8 millones de toneladas de azúcar. Pero ahora eso ha cambiado. En América Latina la producción agrícola aumenta 1, 2 o 3 por ciento anualmente; a veces menos del crecimiento demográfico. Pero en Cuba, la producción en 1970 será lo doble de la de 1958. Algo absolutamente extraordinario, sin precedentes. En realidad esta duplicación se llevará a cabo solamente en los últimos 4 o 5 años. Estamos aprendiendo no solamente a sumar, sino también a multiplicar.

Así Fidel proclama que la primera meta era redistribuir la riqueza y eliminar la miseria; la segunda incrementar la inversión y la tercera proporcionar abundancia. La primera es un hecho, la segunda está ya en camino, y la tercera parece estar nada más a la vuelta de la esquina, porque el optimismo que impera, no solamente en La Habana sino

especialmente en el campo, donde el trabajo se está haciendo, comienza a convencer al visitante.

Todos admiten que el impulso de industrialización de los primeros cinco años fue un desastre: no había materias primas, ni ingenieros, ni obreros especializados, ni mercados. Pero la nueva tendencia a tecnificar y diversificar la agricultura parece tener un fundamento más sólido. Los técnicos se están graduando ahora en las escuelas de agronomía y están regresando de estudiar en el extranjero. La producción de arroz se triplicó en 1968. La inseminación artificial prosigue rápidamente, y los aumentos en la producción láctea de los nuevos rebaños cruzados son notables. Nuevas tierras se han habilitado e irrigado, y las nuevas cañas de azúcar, cítricos y árboles de café están creciendo. Los países socialistas proporcionan mercados garantizados para el azúcar, carne y toronjas; después de todo, Cuba es su único socio tropical. Y toda Europa goza de los puros de La Habana. Esta nueva producción todavía no se cuenta en las estadísticas del producto nacional bruto anual; pero se cuenta en las estadísticas de las nuevas tierras y de las nuevas plantaciones, y el visitante que sale de La Habana puede verlo. Si las cosechas fluyen al mercado, entonces la década venidera producirá un profundo cambio en la escena cubana.

Fidel prometió un aumento de la producción agrícola del 15 por ciento anual durante los años setenta. Dijo que el acondicionamiento de tierras subirá 65 por ciento (comparado con 15 por ciento en América Latina); que Cuba usará la mitad de los fertilizantes que usa todo el resto de América Latina. Los principales productos por orden de importancia, serán: azúcar, ganado, cítricos, tabaco, café. La producción de cítricos pasó de 100,000 toneladas aproximadamente en 1962 a más de 150,000 toneladas ahora, y está programada para alcanzar 4.500,000 toneladas en 1980, cerca de la producción americana corriente y el doble que la de Israel. El azúcar pasará de menos de 3.8 millones de toneladas después de la rebelión (una cosecha normal acostumbraba ser entre 5 y 6) a la meta para 1970 de 10 millones de toneladas, que se han de estabilizar de ahí en adelante. Ahora las industrias se están desarrollando con la utilización de materias primas agrícolas. Aun con un amplio margen de fallas para alcanzar las metas, los aumentos serán notables.

Pero ¿qué hay acerca del espíritu de sacrificio, de dedicación, de *conciencia*? Fidel sostiene que sólo en los últimos cinco años las masas han empezado a entender. Han sido llevadas a este entendimiento en parte debido a su propia y sobresaliente habilidad como maestro. Oyéndolo en la Plaza o en la radio, me sorprendí al encontrar que la mayor parte de su plática no era diatriba política, que es la impresión que uno recibe al ver su retrato en nuestros diarios, en que aparece gritando y con su brazo levantado. Mucho de su charla es didáctica calmada; paciente explicación con ejemplos coloridos. Es un conferenciante

soberbio que puede hacer que las abstracciones del desarrollo económico cobren vida. A propósito, los discursos son más cortos ahora de lo que eran antes. Se han reducido a cerca de dos horas.

Las conferencias de Fidel son difundidas por los militantes del Partido Comunista y de la Liga Juvenil Comunista, que representan entre el 10 y el 20 por ciento de los grupos trabajadores. Ellos son el alma de la revolución. Los mayores, que andan en los treinta o cuarenta años, pelearon en las montañas o clandestinamente. Son un puñado orgulloso que venció a un ejército 10 veces más numeroso, y luego desafió al mismo Goliath en Playa Girón (Bahía de Cochinos). Están convencidos de que el poder de la voluntad y el heroísmo pueden realizar cualquier cosa. Los militantes más jóvenes deben entrenarse en las escuelas. Cuando eran adolescentes, muchos participaron en la movilización nacional que siguió a la victoria: la campaña que abolió el analfabetismo en 1961. Muchos chicos y chicas ciudadanos vivieron por varios meses con familias campesinas en distritos aislados y les enseñaron a leer y escribir, aprendiendo a su vez los duros hechos de la vida rural.

La educación está profundamente politizada. La política significa mucho más que el estudio del marxismo-leninismo; sobre todo, significa *conciencia* y trabajo duro. Un estudiante modelo es el que domina sus libros de texto, hace trabajo voluntario extra en los campos y llega a ser militante. El éxito del intento de producir abundancia por medio del compromiso dependerá de la capacidad de estos militantes para mantener su entusiasmo una vez que se ha superado la crisis y el desafío iniciales por establecer la nueva sociedad, así como de su capacidad para transmitir parte de su entusiasmo a las masas.

Pregunté a un amigo cubano, que había sido miembro del movimiento estudiantil clandestino contra Batista, cómo esperaba que sus hijos captaran su entusiasmo por la nueva sociedad, puesto que no podían recordar la antigua y no tenían recuerdos heroicos de participación en la rebelión. Respondió:

Eso es un problema del que somos conscientes. Ellos aprenden de mí y de la escuela. Cuando salgo el domingo a trabajar en el Cordon, trato de llevar conmigo a uno de mis dos hijos pequeños. Ellos no trabajan, pero miran a su padre, y se hacen la idea de que tal labor física es honrosa. También ven lo que nos divertimos, ya que yo voy con compañeros de la oficina y bromeamos mucho. Y en la escuela se les enseña que la meta de la revolución es crear, por medio del trabajo cooperativo, una sociedad justa y humana. Y aprenden a identificarse con los no privilegiados de todo el mundo. Llegan a entender que nuestra revolución no puede ser completa hasta que la explotación haya terminado en todas partes; pobres como somos, enviamos algunos médicos y técnicos a Argelia y Vietnam para que ayuden.

Los más jóvenes se identifican con las brigadas de trabajo

En lugar de los comandos guerrilleros de sus padres, a los más jóvenes se les enseña a identificarse con brigadas de trabajo, especialmente en las zonas rurales. Visité un internado en la provincia; incluye desde el tercer grado hasta el noveno. A pesar del hecho de que los alumnos son hijos de granjeros, se reconoce que muchos proseguirán hasta alcanzar una educación avanzada. Sin embargo se subrayan los valores rurales y colectivos, al mismo tiempo que se hace énfasis en estudios sobre el límite de las capacidades individuales. Por ejemplo, los niños pasan dos horas al día en los campos que rodean la escuela cultivando su propio arroz, fruta y verduras. Y ellos hacen todo el trabajo de limpieza y servicio en los dormitorios y las cocinas, con excepción de algunos cocineros profesionales y algunas mujeres que limpian los cuartos de baño. Tribunales estudiantiles, formados según el modelo de los que existen en fábricas o granjas colectivas, tratan todos los problemas de disciplina.

Los maestros, que tienen todos menos de 21 años, comparten la vida colectiva de los estudiantes; todos se quedan en los campos excepto para ir a casa cada tercer fin de semana. Los maestros transmiten conocimientos y compromiso ideológico simultáneamente. Muchos vienen de familias rurales pobres y se les hubiera negado una educación bajo el antiguo régimen; ellos creen en el nuevo. A veces continúan estudiando y mejorándose por medio de cursos por correspondencia; su tutor distante los visita de vez en cuando y evalúa su trabajo. Hablando con ellos, uno capta un espíritu de esfuerzo constante hacia el cambio y el mejoramiento, diferente a la actitud que prevalecía antes y que se hubiera expresado como: "He conseguido mi certificado de maestro, ahora envíenme mi cheque y déjenme seguir en paz el manual del maestro."

Las escuelas secundarias urbanas y los departamentos universitarios trabajan como unidades durante un mes o 45 días en los campos en el periodo de cosecha. Decanos, profesores y estudiantes viven y trabajan juntos. El rango se cambia: el jefe del trabajo da las órdenes, y los profesores las cumplen junto con los estudiantes. Este programa de "la escuela al campo" no solamente proporciona fuerza de trabajo necesaria, sino que forma las percepciones de la nueva generación. Entienden, por las espaldas adoloridas, que el trabajo del campo es duro y que es la base de la economía cubana. Aprenden que la finalidad de la educación en su patria es preparar técnicos que harán esa labor más fácil y más productiva, no proporcionar carreras muelles al hombre educado.

Creo que una lección tácita puede ser la más importante; ven a sus maestros y a sus ministros de Estado, y al mismo Fidel, trabajando en los campos. Todo el sistema adquiere una legitimidad que es lo opuesto de la antigua corrupción. El liderazgo significa trabajo más

duro que el común y corriente, y pocos privilegios especiales. Las presiones de tal liderazgo pueden resistirse porque son más de lo que un ciudadano normal desea soportar, porque la vida es más que trabajo; pero esas presiones no se hacen a un lado como falsas frases que vienen de hombres cuyo objetivo es el enriquecimiento personal por medio de la explotación de otros. Aun el que visita temporalmente la isla empieza a sentirse culpable si no hace un poco de trabajo voluntario cortando caña.

Las lecciones de las escuelas se afirman en el trabajo, en donde la concurrencia colectiva sustituye a la concurrencia individual. Varias veces al año, para cada aniversario (el de Moncada el 26 de julio, o el Triunfo de la Rebelión el 2 de enero, o el 1º de mayo, etcétera) se otorgan premios a las mejores unidades de trabajo. Uno de los premios más codiciados es el "Héroes del Moncada", que da derecho a enarbolar una bandera que anuncia superioridad. Para obtenerlo (y conservarlo, ya que cada año debe ganarse de nuevo), un garage, un restaurant, un hotel, una fábrica, debe satisfacer o superar todas las normas de trabajo, debe tener un alto número de "horas voluntarias" de trabajo extra en el empleo o en el campo, debe mostrar especial deseo de servir bien al público, y todo miembro que carezca del certificado del 6º grado debe estar asistiendo a la escuela nocturna. Dentro del grupo, los comités de trabajadores tienen alguna ingerencia para decidir cuánto recibirá un hombre cuando esté enfermo, o exactamente cuando debe comenzar su jubilación. El trabajador con *conciencia* recibirá una indemnización extra.

Obviamente, un sistema tal no "suprime los incentivos materiales" como los cubanos afirman. Lo que hace es tender a transferir la identificación de la recompensa del individuo al grupo. Todos en la unidad compartirán el honor de la bandera; todos en Cuba tendrán abundancia, o nadie la tendrá. Aun así, el individuo obtiene recompensas directas a través de algunas ventajas materiales, tales como licencia prolongada por enfermedad, prestigio dentro del grupo, lo cual debe ser particularmente efectivo para motivar al joven. *Conciencia* no es dar todo; aquellos que la muestran ganan ventajas.

Por el momento las diferencias de salario persisten. La mínima pensión de ancianidad es ahora de 60 pesos (equivalente de acuerdo con la tasa oficial a 60 dólares) al mes; el salario mínimo parece ser de 85 pesos aproximadamente; los cortadores de caña recibirán en 1969 un mínimo de 96 pesos por un mes de 24 días; los operadores de máquinas en los campos de caña ganarán de 110 a 160 pesos; el salario máximo supuesto es de 700 pesos. Hasta hace poco, los trabajadores eran atraídos deliberadamente a zonas marginales por medio de un pago más alto, pero esa política ha terminado. La meta es eliminar lentamente las diferencias de pago a medida que la motivación surge de la *conciencia*.

El pago de las horas extras casi se ha eliminado; los sueldos mínimos suben; y cada vez más tipos de consumo se vuelven gratuitos, reduciendo así la importancia del ingreso. Hasta ahora la educación, la asistencia médica, los eventos deportivos y las inhumaciones; el año próximo, la renta por la vivienda.

Mientras tanto, extraños remanentes de la antigua sociedad permanecen. Por ejemplo, todos los propietarios de bienes inmuebles urbanos o rurales cuyas tierras fueron confiscadas reciben dos privilegios vitalicios: 1) pueden vivir en sus casas originales sin pagar renta (un hijo de un pequeño propietario puede heredar la tierra); 2) reciben una pensión en lugar del ingreso de renta, hasta un máximo de 600 pesos al mes. Así, cientos, quizá miles, de antiguos terratenientes viven pensionados en La Habana y proporcionan la principal clientela para los restaurantes de lujo, ya que no hay mucho más que hacer con el dinero; no hay coches, pieles, joyas ni viajes al extranjero qué comprar. La actitud del nuevo régimen hacia esas personas parece ser: en teoría eran explotadores de los pobres, pero también “son seres humanos desafortunados que fueron educados bajo un sistema malo y en realidad no entendían lo que estaban haciendo; así es que déjenlos vivir y morir en paz”. Y “déjenlos ir a Miami si insisten”.

La tarea más difícil, sin duda, la tarea imposible para un turista en una visita corta, es penetrar la retórica acerca de la *conciencia* para descubrir cómo trabaja en realidad. Aunque uno trate de evitarlo, el visitante termina hablando principalmente con líderes, con militantes. Con algunos contactos previos y algo de suerte, se las arregla para tener conversaciones privadas con algunas personas que son tibias, o incluso abiertamente opuestas al sistema, pero a medida que viaja por la isla es atraído hacia las zonas nuevas donde está la acción, y lo presentan al presidente local del partido o al director de la escuela local.

En las conversaciones privadas, la gente no tiene miedo de hablar; hay muy poco de la precaución y suspicacia supremas que encontré en la Unión Soviética en una visita en 1959 (la cima del periodo reformista de Khrushchev). Los cubanos no tienen miedo unos de otros o de ser vistos con extranjeros. Mientras uno evite actos abiertos de hostilidad, tales como intentar huir de la isla sin permiso, o fomentar el sabotaje, no necesita temer a la policía. Los policías de Batista eran mucho más peligrosos, y así, desde su propia perspectiva histórica, los cubanos pueden negar que viven en un estado policial. Las presiones vienen del grupo, no de arriba, y son constantes e insidiosas, mucho más efectivas para formar el comportamiento individual que las amenazas de violencia oficial.

Pero ¿qué tan lejos va el ciudadano común y corriente, el no-militante, en la garantía de su lealtad? ¿Cree toda la retórica o “le da la vuelta al botón” como hacemos nosotros con los comerciales de televisión?

Cuando hace trabajo extra "voluntariamente", ¿qué tan libre es la voluntad, qué tan generoso el impulso? Solamente viviendo dentro de un grupo por un periodo de tiempo más prolongado podría uno contestar la pregunta; la técnica de observación participante sería la única manera de descubrirlo.

Hay algunos indicadores objetivos, aunque no son índices puros de conciencia. La producción decayó después del triunfo de la rebelión, pero ahora parece que se está restableciendo y que está a punto de un mayor incremento. Sin embargo, los cambios en la motivación son solamente una parte de la razón. La reorganización de todo el sistema administrativo, el cambio para alcanzar la industrialización y luego para alejarse de ella, la fuga de los antiguos técnicos y el entrenamiento de nuevos, el perfeccionamiento de métodos de grupo para controlar el comportamiento, son hechos que afectan al ausentismo y la productividad.

Dentro de la juventud misma, sospecho que la resistencia a la retórica de la revolución no es tanto una actitud contrarrevolucionaria como contra la sociedad; debido a un hambre de privacidad, de oportunidad para desarrollar la individualidad en una atmósfera de tiempo libre. No todo adolescente es espartano por naturaleza; algunos son atenienses y deben sufrir bajo la constante presión para estudiar, para trabajar y, sobre todo, para participar.

Mi impresión es que los jóvenes militantes están convencidos de que están construyendo una sociedad superior y que probablemente están llevando adelante a las masas a un grado de suficiencia. Hablar con ellos fue profundamente conmovedor, especialmente en contraste con la desilusión y el cinismo que muestran muchos de los mejores americanos jóvenes. Las juventudes cubanas no están alienadas, amargadas ni "desconectadas". Algunos están un poco tristes, ya que a menudo vienen de familias de clase media y su propio compromiso con la revolución los ha separado de sus padres que huyeron del país. Pero la mayoría despliega una alegría, una camaradería, una combinación de una fe profunda y un honrado y travieso sentido del humor acerca de ello, que es verdaderamente refrescante. Son dedicados, pero no pomposos; una atractiva generación, difícil de resistir. Después de algún tiempo me preocupé menos por el hecho de estar demasiado con los líderes y no suficientemente con sus seguidores, ya que llegué a la conclusión de que estos líderes formarán el futuro.

Respecto a los asuntos internos, los militantes no son dogmáticos. Es cierto que están orgullosos del hecho de que su marxismo-leninismo es pragmático, pero experimentarán cualquier cosa que pueda funcionar. Admiten que la industrialización prematura fue un error. Dicen que todo lo que han hecho durante diez años debería desecharse, ya que la esencia de la revolución es el cambio. Fidel empieza a preocuparse

públicamente de que tal vez, a la edad de 41 años, ya se está haciendo demasiado viejo para ser un líder revolucionario.

Sin embargo, los debates acerca de la política interna son en gran parte verbales: no hay canales para publicar abiertamente argumentos críticos. Los diarios y revistas son monótonas reiteraciones de la visión oficial. De vez en cuando una obra de literatura sería levanta algunas dudas en un tono cauteloso. El año pasado se publicaron dos libros que se convirtieron en casos *test*: una pieza de teatro de Anton Arrufat, *Siete contra Tebas*, y una colección de poemas de Heberto Padilla, *Fuera del juego*. Estos recibieron premios del jurado internacional que cada año reúne la Casa de las Américas, el Instituto Cubano para el Intercambio Cultural con América Latina. Después un comité de la Unión Nacional Cubana de Escritores objetó y dijo que los libros contenían "conceptos antirrevolucionarios". Los libros se publicaron con un prólogo del comité dando sus críticas; los autores no fueron molestados y siguen trabajando. Los intelectuales están discutiendo las implicaciones del incidente y la política futura.

Cuando miran fuera de su país, la visión cubana parece volverse más dogmática. Su conocimiento del mundo es una caricatura de la realidad. Es cierto que los que lo desean pueden ir a la Biblioteca Nacional y leer el *Times* de Londres o el *New York Times* (yo lo hice; los tienen en existencia, cosa que no se da en la Unión Soviética), pero pocos se toman la molestia. Algunos más oyen la radio de Miami o ven el último espectáculo de la Key West. Un estudio serio del mundo exterior no existe. Los libros y diarios son escasos (a causa de la escasez de divisas extranjeras, según dicen ellos, y por tanto al bloqueo de los Estados Unidos) y además, el mayor interés en las universidades es la competencia técnica más la motivación para construir la nueva Cuba. La nueva generación de cubanos no tiene mucha curiosidad genuina por el exterior; están satisfechos con las caricaturas. Más aún, no parece importarles mucho contar su propia historia a los Estados Unidos. Ellos saben que nosotros recibimos un cuadro desfigurado de Cuba, pero sospechan que no creeríamos la verdad.

Este dogmatismo es tal vez el resultado automático de la fe militante en la visión de la utopía. Los verdaderos creyentes de cualquier credo pierden la objetividad y la curiosidad. Saben las respuestas por adelantado. Los militantes juveniles americanos (al menos los blancos) han perdido con demasiada frecuencia toda fe y se vuelven nihilistas y destructores; los militantes juveniles cubanos tienen la seguridad de la convicción y la estrechez que va con ella. Están construyendo una utopía, y eso absorbe completamente sus energías. El intelectual independiente, el crítico de todas las sociedades y de todas las creencias es un lujo que no pueden darse.

La utopía cubana tiene dos coloraciones: una es la sociedad comunista; la otra es la *patria*. Una Cuba libre de dominación extranjera por

primera vez en su historia. Cada nueva amenaza de los Estados Unidos refuerza el patriotismo y conduce a más gente a sostener al régimen. La ayuda económica y militar de Rusia es vista como ayuda de un socio simpatizante y felizmente distante y no como un signo de control. Los cubanos son comunistas, pero no son esclavos y no tienen intención de rusificarse. Son algo nuevo y todavía no completamente formado: comunistas latinoamericanos.

Cuando regresaba a casa, leí varios artículos de periodistas que estuvieron en Cuba al mismo tiempo que yo. Fue sorprendente ver cómo sus observaciones reflejaban sus perspectivas. Por ejemplo, el corresponsal de *Newsweek*, que es jefe de la oficina de París, llamaba a La Habana "la ciudad más deprimente de la tierra". Mi perspectiva viene de 15 años de estudio sobre varios países latinoamericanos, pero sin ninguna experiencia previa en Cuba. Yo tendía a notar los contrastes entre el compromiso de la juventud cubana y la alienación de sus contrapartes en otros países latinoamericanos. Estaba impresionado por la energía de una sociedad moviéndose bajo su propia dirección hacia metas que surgieron de su propia historia y necesidades. Seguramente que nadie de Recife o de Ciudad de Guatemala llamaría deprimente a La Habana.

Naturalmente, Washington tiene su propia perspectiva. Subraya que Cuba es peligrosa porque está enviando guerrilleros y armas a los países latinoamericanos y así suscitan disturbios. Más aún, Washington condena esta política porque está basada en la violencia. Los cubanos rechazan esta línea y están convencidos de que ella muestra la doblez americana. Señalan que en todas partes los regímenes militares latinoamericanos se sostienen en el poder con los cañones y el conocimiento de los Estados Unidos; preguntan, ¿por qué la violencia americana es "buena" y la cubana "mala"? más adelante indican que la amenaza real de los Estados Unidos es nuestro sistema, no nuestros cañones. Dicen que hemos dominado a América Latina por un siglo y, con todo, la ignorancia, la miseria, la corrupción y la mortalidad infantil continúan año tras año. Observan que incluso los críticos de los Estados Unidos ahora proclaman abiertamente el fracaso de la Alianza para el Progreso. (Fidel citó largamente en su discurso de aniversario un artículo en la edición en español de la revista *Life*, de un antiguo funcionario del Departamento de Estado.)

Hasta ahora, Washington responde con más ayuda militar para la represión interna y nuevamente habla de incrementar la inversión privada de los Estados Unidos complicando la enfermedad. Sin embargo, el desafío de Cuba no son unos cuantos guerrilleros aislados, estoy seguro; el "Che" está muerto, y es más claro que nunca que la revolución no se puede exportar.

El desafío de Cuba no ha empezado en realidad. Aparecerá como una amenaza política seria cuando la economía cubana empiece a producir,

si es que lo hace, y por tanto la austeridad se extinga. Entonces el empuje moral subyacente de la revolución cubana se mostrará a sí mismo, limpio de las dificultades económicas que hasta ahora han distraído la atención de los éxitos de la reconstrucción social. Los jóvenes de América Latina, que están hastiados de sociedades estancadas y de líderes ilegítimos, cada vez se inspirarán más en el vigoroso ejemplo de Cuba. La dedicación militante les parecerá una vida de alborozo. Tratarán no de importarla al por mayor, sino de aprender de ella y de emularla. Trabajar para una subsidiaria de la General Motors o someterse a los generales locales en uniformes americanos no ofrecerá alternativas satisfactorias, porque no contienen elevación moral. Los pueblos que están desmoralizados buscan un camino para salir de la desesperación, no una limosna degradante en pago de la sumisión.*

*Este artículo fue publicado originalmente por la revista *Trans-action*, vol. 6, núm. 6, abril de 1969. Su autor es, actualmente, profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Cornell. Fue profesor de la materia y presidente del Comité de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Washington, en San Louis. Desde 1955 visita regularmente México en donde pasa parte del año y es autor de varios estudios sobre el país. Ha vivido también en el Brasil. Recientemente acaba de realizar un estudio comparativo acerca de los procesos de ajuste a la vida urbana en Saint Louis y Santiago de Chile. Los subtítulos y los subrayados son del autor.